

en su santo amor y gracia, como lo desea su menor affmo. hijo que en Dios lo ama y S. P. B.

Fr. Diego J. de Cádiz.

NOTAS

Lo que dice el Beato al principio de esta carta, demuestra bien la pureza de su alma, lo limpio de sus afectos y su mucho temor de Dios. Bienaventurado porque temió! ese temor santo le hizo cautelarse y mirar toda afición natural ó terrena como serpiente, que con su mordedura puede producir la muerte al menor descuido que tengamos. Aprendamos de este varón apostólico, que no somos tan santos como él, ni tan respetables como él, ni tan llenos de Dios como él; y si él temió, ¿quién no temerá? Por no haber temido cayeron Sansón el fuerte, David el santo, y Salomón el sabio. ¿Quién se creerá más sabio que Salomón, más santo que David, más fuerte que Sansón ó más seguro que San Diego de Cádiz? Huyamos del peligro, si no queremos caer en él!

Conocida es por otra parte la historia del Asistente Olavide, nombrado aquí por el Beato para que nos detengamos á referirla: libertino y volteriano en su juventud, convertido y piadoso en su vejez, edificó en esta parte de su vida lo que había escandalizado en aquélla.

Lo demás que dice el Santo de sus tareas apostólicas por la diócesis de Toledo, lo amplía en la que sigue, dando cuenta á su Director.

†

J. M. y J.

Ocaña 4 de Mayo de 1782.

Amadísimo y venerado Padre de mi alma en el Señor: este sea siempre con nosotros para que hagamos en todo su santísima voluntad. Amen.

He retardado el escribir á usted desde que lo hice en Toledo, hasta poderle dar alguna razón cierta de mi destino, como lo haré ahora. No sé si dije á usted en mi última las prevenciones que el Sr. Arzobispo me hizo sobre predicación; por si no las dije en aquella las pongo en esta. 1.^a que no usase de la expresión: amadísimos hijos de mi alma: Reliquias apreciables de mi corazón, cuando hablase con el pueblo; porque no se halla en las santas escrituras. 2.^a Que no refriese ejemplos terribles, ó casos raros de historiadores particulares aunque fuese S. Gregorio, ú otro Padre, porque no son bien oídos, etc. 3.^a Que no exhortase á poner en sitios públicos láminas de la Stma. Trinidad por la razón que dan los ilustrados. Que tampoco aconsejase la devoción al escapulario de Ntra. Señora del Carmen, porque no me juzgasen partidario de una Religión más que de otra: y lo propio del escapulario de la Stma. Trinidad, lo cual tambien me han aconsejado otros. A todo condescendí después de dar á su Excia., las razones que me asistían para ello. Salí por último de Toledo, debiendo á su Excia. al Ilmo. Cabildo, á la ciudad, á las comunidades y á todo el pueblo singulares demostraciones de estimación. Vine á esta

villa, donde el día 14 de Abril principié la santa misión que siguió por quince continuos días en los términos que usted me tiene ordenado, pero tan de corazón, que él, no yó era el que predicaba: la dulzura con la devoción en el modo ha sido singular: la abundancia, claridad, oportunidad y facilidad de usar la Santa Escritura muy rara: los actos de contrición ternísimos, fervientes y eficaces; todo, por último, á medida del deseo que tenía de llenar la voluntad de usted con la de Dios, el que lo ha hecho todo, no obstante mi refinadísima desmedida ingratitud. Benditas sean sus misericordias. A esta misión han concurrido los comarcanos no bastando la guarnición de ocho ó diez soldados para contener su devoción, etc. Han concurrido muchos señores grandes de España, de los que se hayan en Aranjuez que dista dos leguas de aquí: luego que comían se venían á la misión, y concluida ésta se volvían á los empleos que tienen en Palacio; venían tambien muchas señoras Duquesas ó Grandes, entre éstas la Sra. de Alba, los señores Medinaceli, etc.

Ha venido el Ministro de Indias, el Sr. Galvez con la señora: los oficiales de la secretaría de Guerra, con la Sra. Castejón, y por último todos ó casi todos los del sitio. Mi Sra. la princesa envió á su primera Dama, la Excma. Sra. Duquesa de Soto etc., para que me encargase de pedir á Dios por el feliz éxito de su Alteza, etc. Vino también el Embajador de Rusia que es cismático, en cuya tarde prediqué del beneficio de la fé, ó de traernos Dios á su Iglesia, y de la necesidad de convencernos en ella, viviendo según sus santas leyes; del que quedó pagadísimo, y volvió otro dia á buscarme, para que siguiese con él una amistad estrecha, como

en efecto se lo prometí, por la esperanza de lograrlo para Dios, pues solo le detienen sus pasiones, no otra cosa alguna; así lo ha significado varias veces: esta segunda vez fué el día de la despedida en que hablé de la infelicidad de un alma que resiste á los llamamientos del Señor en la misión, me dicen lo vieron lloroso al despedirme del pueblo; cuando me citó para hablarme añadió al caballero que trajo el aviso esta rara expresión: *Diga usted al Padre que soy Ruso, que no soy tonto, que soy vicioso y que tengo alma*, es extremo lo que este sujeto ha dicho y hecho conmigo, etc. Dios sea bendito por todo. De Madrid han venido algunos Sres. de la grandeza; y de intento han bajado dos Padres de la congregación del Salvador, clérigos doctísimos y que siguen el ministerio, á los que he debido mucha caridad, quedando hermanados para siempre; han sido mis mayores elogiadores, de modo que han hecho más con su informe que yo con mi trabajo, Dios se lo pague. Al fin Padre de mi alma, no es posible reducir á la pluma la conmoción que hay en la Corte, en Madrid y en todas las Castillas, etc., se oye *el unde hinc sapientia haec, el Nemo potest haec signa facere nisi fuerit. Deus cum eo*, todo está conmovido. La familia Real, Príncipes, Infantas, etc., todo, todo, todo, los Ministros, el P. confesor, todos, Padre mío, claman por oír á su hijo de usted, por verle, tratarle, etc. Yo me confundo al ver tanto, mas en medio de ello advierto en mí una notable tranquilidad interior, que no sé si me lleva á una total indiferencia para seguir la voluntad de Dios, ó si es la insensibilidad que con mis ingraticudes tengo merecida, el Señor me mire con misericordia.

De resulta de estos deseos de mi Sra. la In-

fanta y demás gentes de Palacio se ha empeñado el Sr. Duque de Medinaceli en llevarnos á Aranjuez, donde se halla la Corte, á predicar una Novena-misión á San Antonio de Padua; para lo que ha tratado con el Rey nuestro Señor, el primer Ministro, P. Confesor, Sr. Arzobispo, etc., todos convenidos en que vaya. El Rey nuestro Señor añadió: *que si sus hijos querian ir á oír al Capuchino que fuesen*, esto nos dicen que es cosa no vista. Se han hecho de nuestra parte las posibles resistencias, pero sin fruto: por lo que mañana, siendo Dios servido nos pasamos al Sitio, para pasado dar principio á la predicación. Voy resuelto é inclinado á predicar aun con mayor dulzura que aquí, reduciéndome á proponer las virtudes del Santo para persuadir después sencillamente á su imitación: pienso para ello predicar las Bienaventuranzas que son el compendio de las obligaciones cristianas. Usted, Padre mio, bendiga mis intentos, para que sean prosperados de la bondad del Señor.

Esto hace Dios, pero yo qué hago? ofenderle sin término. Las pasiones, especialmente la concupiscible está de bando mayor, pues me inclina á la impureza algunos dias, de modo que me oprime indeciblemente. Me veo poseido de un amor tierno á algunas gentes, especialmente señoras, cuya vida es poco arreglada, deseándole eficazmente su reducción, pero luego se presenta la pasión: así vivo afligido, clamando con San Pablo me quite el Señor este enemigo: mas no merezco ser oído: cúmplase la voluntad de Dios en todo. No ocurre otra cosa especial: usted no me responda hasta que avise mi destino: su salud me tiene muy cuidadoso, pido á usted su bendición con sus oraciones, y á Dios que me guarde su vida muchos

años en su santo amor y gracia como lo necesita su hijo de usted que más lo ama,

Fr. Diego J. de Cádiz.

NOTAS

¿Quién no queda asombrado con la lectura de esta carta? Realmente nadie puede hacer lo que hacía el Beato Diego, sin estar Dios en él y obrar por su medio. Así lo palpaba España entera, y de ahí el conmover los pueblos, arrastrar las muchedumbres y las altas clases sociales, como ningún otro hombre de su tiempo. Dios lo crió para Apóstol de España, y España admiró el poder de Dios en su enviado Fr. Diego, como el P. Gonzalez decía en su anterior y repite en la siguiente.

†

J. M. y J.

Sevilla, Mayo 11 de 1782.

Amadísimo hijo mío Fr. Diego; el Señor nos llene de su amor, y enseñe á hacer en todo su santísima voluntad. Amen.

Cuanto me ha hecho acojerme á ella la notable detención de tu respuesta, á la que antes de recibir la última tuya, desde Toledo fecha 17 de Marzo, te habia escrito, sobre que sin orden ó gravísimo motivo evitases la Corte. Sabia por los muchos que de tí escriben que harias misión en Ocaña, y queria sospechar si habrias escrito y extraviádose la carta; pero como Dios sabe nuestra correspondencia y su fin, no me podia inclinar á creer tal extravío. Ansiaba por saber de tí, á quien no olvido, y de los efectos de la inmediación al Real sitio, y como han dicho aquí mucho de lo que me participas, crecia mi deseo de saber la realidad. Gracias al Señor que con toda complacencia mia recibí la del 4, escrita en Ocaña, y aunque me previenes, que no te escriba, hasta que me avises tu destino; pero comenzando tu novena ó misión el día 6, según me dices, esta te hallará en ella y no llegará fuera de tiempo, pues siempre lo es, que te recuerde el Señor por este indignísimo Padre que quiso darte, el inmenso cúmulo de beneficios y dignaciones con que te obliga y confundirá, si no contribuyes á sus ocultos y misericordiosísimos designios. De su recibo y de todo cuanto resulte de esa misión, y de cuanto por tu medio obre el que te hizo instrumento de su gloria y bien del Reino, me darás aviso puntual, porque así lo quiere el Señor, conviene á tu seguridad,

y yo para contribuir á ella, te lo mando y recomiendo.

En la de Toledo por Marzo, leo el asimiento de corazón á aquella criatura necesitada en lo espiritual, y estado penoso de consuelo; pero también que se mezcló algo con el espíritu de verdadera caridad la inclinación natural, culebra pequeña, pero gorda; culebra con la lengua ponzoñosa que amaga escupir su mortal veneno; culebra de cuya similitud usa Dios, para advertirnos y mandarnos evitar la culpa y sus ocasiones. No es mala esa suave, afectiva y tierna inclinación á las que del sexo débil se quieren convertir, y efectivamente rompen con la gracia del Señor pesados, escandalosos eslabones de la pasión más violenta. Mi angélico Maestro, en uno de sus Quotlibetos, prefiere la suavidad á la dureza, el agrado al rigor, la blandura á la severidad, cuando los confesores tratan de la conversión de almas perdidas, á quien el Señor trae á sus piés á confesar; pero el Santo, y todos con Jesucristo, nos previenen que no olvidemos cuánto domina en el mundo grande y chico la pegajosa concupiscencia. El que te permitió el tropiezo para hacerte cauto, te libró de caer. Cuánto abunda eso en los Palacios! Cuánto en la Corte! Su esplendor, su grandeza, su hermosura, su adorno, su afabilidad, sus dulces encantos, ¿á qué extremos de peligros no conducirán al pobrecito de Fr. Diego, si no se esconde para tratar á las Damas en el abismo de su nada, para conocer su suma fragilidad, para cautelarse, y desde él asirse con viva fé de la poderosa mano del Señor? Fr. Diego! hijo de mi alma! todo el infierno te armará lazos. Ahora que te hallas en el centro de la vanidad y el lujo, te verás en la necesidad de tratar á solas muchas criaturas, que se querrán entrar en tu corazón hacésete amables, ya por genio, ya por inclinación, ya por emulación, como dice mi Santo Sales, que es el carácter del sexo aun en la vida devota.

¿Y sería nuevo, que alguna instigada del demonio, se desmandase y pretendiera lo que la infiel esposa de Putifar quiso del santo José? ¡Oh, qué vigilancia te es necesaria! qué cautela! qué cuidado para que no te sorprenda y lleve tras sí tu corazón, la natural dulzura y afabilidad de ese trato! En Jesucristo, por Jesucristo, para Jesucristo y enviado por Jesucristo, ama, ama, ama, á Jesucristo y á tus prójimos. Este es el fin, y el único fin de tu misión; fija en él tu vista, tu trato con criaturas, toda, toda tu conducta, si deseas que Jesucristo la prospere.

Y cuánto te debe confundir y al mismo tiempo alentar y esforzar lo que en tí experimentas, y efectivamente te pone delante el que ha querido por uno de los más misericordiosos efectos de su bondad servirte de tí? La exaltación de la Santa Cruz, la edificación de las poblaciones, el fruto copioso de la misión allí, en Toledo, en Ocaña, y más ahora en el Real sitio: la mayor inclinación al retiro, al silencio, á la indiferencia, al desasimiento de los honores, aplausos y estimaciones: la abundancia, la facilidad, la suavidad, la inteligencia de las santas Escrituras, etc. La moción de tales pueblos, de gentes elevadas, etc. Las conversiones, las reformas de costumbres, etc. ¡O santo Dios! qué son? qué son, Fr. Diego mio? Ser tú un verdadero mónstruo de la empeñada sapientísima Providencia del que quiere ya enviar á la Corte de nuestro católico Reino, y á su piadosísimo soberano y Real familia quien la ilumine y enseñe los rectos caminos de su sólida y verdadera felicidad. Qué eres por tí y dejado á tí, te lo he demostrado, y demostrará tu misma miseria; qué eres como misionero, como tú lo ignoras, quiere el Señor que lo vea yo para tu bien, y los pueblos para glorificar al que te envía. Hé aquí un verdadero mónstruo de la sabia Providencia!

¿Pues que he de extrañar que todos á tu vista se edifiquen, que á tus doctrinas se pasmen, se muevan, se rindan, que á tu dulce trato se aficionen, se emulen y te den su corazón? Es posible resistirse al divino Poder? Y no sabès que en tí lo ha depositado el Señor y quiere que de él uses á su gloria y á la utilidad común de todo el Reino? Quién te ha conducido á su Corte y á los pies de su soberano, después de haberte colmado de honores y famas en las ciudades y pueblos que has instruido, quiere que en ella esfuerzes tu fé, tu humildad, tu confianza y negado á tí te arrojes á cuanto te inspire y ordene su ministro. De Dios eres, y Dios contigo quiere remediar las necesidades espirituales de la España. Aliento, hijo mio y fé viva.

Y, para cumplimiento de esta verdad que harás? Lo primero irte al fondo de tu nada y á la plenitud del ser del que solo es. Allí te verás á fondo como tú eres; conocerás, esperarás y amarás como debes. Oración, oración, oración, sin intermisión; y aquel siempre la tiene, que siempre obra sin perder de vista al que en él obra. Con esta vista, arrójate armado de la cautela santa, mortificación de sentidos y recta intención á la conversión de toda criatura: y si la concupiscencia se irrita, y el apetito bruto propende, y se quiere desenfrenar, clama al que lo permite y ten resignación, paciencia y espera, que te basta la gracia de Jesucristo, como bastó al Apóstol S. Pablo, que primero que tú gimió bajo el yugo de semejante pasión.

Lo segundo no usar por ahora de lo que se ordene á hacer conocer el feísimo aspecto y terrible castigo de él, sino lo que haga ver de bulto, la belleza de la gracia, la honrosa variedad de las virtudes, la suavidad y dulzura de la ley de gracia, la santidad y seguridad de la fé, propuesta por la iglesia, etc. Ni una palabra reprendiendo con ardiente celo, sino atrayendo con amoro-

sas expresiones, sin usar de las que reprobó su Excelencia porque hoy no acomodan. Confórmate con la cultura y elevación de tus oyentes, lisonjéalos, que alguna vez dice mi santo Sales que con varonil elocuencia, no con blanda adulación, debe el ministro del Señor lisonjear sus auditorios, para captar su benevolencia y hacerles amable la palabra del Señor y sus organos.

Ya has experimentado los copiosos efectos de lo que te previne; y prevengo ahora, que sigas como hasta ahora, que llegará tiempo en que ocupe el terror y amenaza de los juicios terribles tu lengua, y penetre hasta la insensibilidad de los impíos. Conquista ahora dulce el corazón de la Real Familia, que algún día necesitarás de su protección y, armado con ella serás irresistible. Cuanto me dices del movimiento de las gentes hasta la Novena, es nada para lo que me habrás de decir (y no me lo detengas) de ella y sus efectos.

Yo sigo, comiendo de pescado, mis tareas; pero mi cabeza, vista, pulso y piernas para poco; mi interior insensible y sin resolución para nada. La Sra. Casa-Estrada con sus males, pero en pié y siguiendo. La del Casal sigue muy débil y sin convalecer. Tu sobrina va bien, aunque tentada de que no ha de profesar, pero alentada se aquieta.

Tu sobrino joven se acuerda que lo es, y apetece ser majo, en la monería del calzado. Ya le di una seria reprensión y espero se enmiende. Ruega al Señor por todos, que todos te se encomiendan. Saluda al P. Fr. Eusebio: y yo, solo te digo que te amo más que á mí, y quiero que creas que, así como ahora, te bendigo muchas veces y quisiera estar inseparable de tí; ruega á el Señor que lo estemos eternamente. Adios, hijo mio, adios Tu affmo.

Fr. Francisco Javier González.

NOTAS

Cada vez parece más padre este santo viejo, más experimentado en los caminos de Dios, y más conocedor de los peligros del mundo, de los cuales quiere apartar á su hijo con palabras dignas de ser grabadas en nuestros corazones «Cuanto abundan los peligros en los palacios! Cuanto en la corte! A que extremos de peligros no conducirán al pobrecito de Fr. Diego, si no se esconde para tratar á las Damas en el abismo de su nada, para corregir su fragilidad, para cautelarse, y desde él asirse con viva fé de la poderosa mano del Señor? Fr. Diego, hijo de mi alma! todo el infierno te formará lazos. Ahora que te hallas en el centro de la vanidad y el lujo, te verás en la necesidad de tratar á solas muchas criaturas que se querran entrar en tu corazón y hacésete amables, ya por genio, ya por estimación, ya por emulación, como dice mi Santo Sales que es el carácter del sexo aún en la vida devota. ¿Y sería nuevo, que alguna instigada del demonio, se desnudase y pretendiera lo que la infiel esposa de Putifar quiso del casto José? ¡Oh qué vigilancia te es necesaria! qué cautela! qué cuidado! para que no te sorprenda y lleve tras sí tu corazón la natural dulzura y afabilidad de ese trato! etc.»

¡Qué consejos! qué amor! qué Padre! ¡Pues, y las instrucciones que dá al Beato de como se ha de conducir y predicar en la Corte? Quiera el cielo dotar á España de directores como el P. González, que tras ellos vendrán apóstoles como Fr. Diego J. de Cádiz. Este contesta á su Padre otra no menos admirable que la antecedente.